



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Amemos, si queremos ser amados

Exposición del Mensajero del Eterno

EL carácter del Eterno se nos revela de una manera sublime en los caminos divinos. Su mentalidad inefable nos llena de entusiasmo y de profunda emoción. Su manera de proceder es totalmente diferente de la de los pobres seres humanos, mezquinos, avaros, celosos, envidiosos y orgullosos. Todo lo que emana del Eterno muestra el sello de la bondad, de la dulzura, de la humildad, de su grandiosa sabiduría y de su justicia impecable, aliada a un amor sumamente benéfico.

Con el Omnipotente lo que tiene valor es el amor. Él nos invita a trabajar para un fin altruista, para un ideal magnífico, el cual produce la perfección de la circulación y de la armonía en todos los sentidos.

Como lo sabemos, sin la circulación no hay posibilidad de vida alguna. Por tanto, tenemos delante de nosotros un trabajo sublime que ha de procurar a la humanidad la felicidad y la vida duraderas, y que a nosotros mismos nos trae las inefables alegrías del Reino de Dios. Lo que el Eterno nos propone es realizar el arte de amar y el de ser amado.

Esta es una obra de una majestuosa envergadura y de un poder extraordinario. Nunca la conseguiríamos por nosotros mismos, pero el Señor nos ofrece toda su asistencia y nos asegura la victoria si seguimos sus instrucciones. Esto requiere que tomemos la obra en serio y la estemos lo suficiente para dejar todo lo demás. Entonces el éxito es seguro.

Por eso, en esta obra de poder y de gloria, se trata de abnegarnos con todas nuestras fuerzas. Por lo demás, los consagrados están llamados a ofrecer su vida entera, como su Maestro y Señor que dijo a sus discípulos: "El Padre me ama, porque doy mi vida".

En efecto, no hay mayor amor que éste, sino dar uno la vida por su prójimo, por sus amigos, y también, si se da el caso, por sus enemigos. Es lo que hizo nuestro querido Salvador con una fidelidad a toda prueba. Para lograrlo, es necesario que desarrollemos un absoluto desinterés de nosotros mismos.

Es este desinterés que permite a la circulación del espíritu de Dios manifestarse en nosotros en todo su poder y en toda su fuerza. Cuando no hay más reticencias en el corazón, entonces nada puede interceptar su acción, porque el egoísmo ha sido completamente desterrado de nosotros mismos.

Naturalmente, cuando queremos vivir este programa con toda nuestra alma, nos damos cuenta de que esto va lejos, muy lejos, y que engloba todo nuestro corazón. El Señor mostró claramente la situación sin equívoco alguno, y dijo: "El que ama a marido o mujer más que a

mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija —o al dinero más que a mí, no es digno de mí". Por eso, tan pronto como damos los pasos en el programa divino, se presenta la verificación; entonces se trata de escoger entre los caminos divinos y los del adversario.

Es cierto que los que han pasado por grandes decepciones y dificultades en el mundo tienen mucha más facilidad para seguir los caminos divinos, porque están al corriente de lo que se puede esperar de las cosas del mundo. Saben que en él no hay nada estable, nada verdadero que procure descanso y alegría al corazón. Por eso, no les cuesta alzar los ojos al Monte de donde les viene el socorro. Este fue también el caso para mí. Pero no basta con sólo empezar, sino que hace falta seguir después y acabar bien.

¿Qué quiere decir dar su vida? Esto significa pasar por toda clase de renunciamientos, los cuales, para un consagrado, terminan con su misma existencia. Entre el tiempo en que el discípulo se ha consagrado y el tiempo en que interviene su desenlace, hay todo un proceso de sentimientos por realizar.

El discípulo tiene que efectuar renunciamientos, hacer pagos para descargar a su prójimo; en esto consiste ponerse del todo en armonía con su ministerio, funcionando fielmente en el tabernáculo.

En lo que atañe a los miembros del Ejército del Eterno, tienen también que hacer múltiples renunciamientos para librarse de lo que en ellos forma su vieja criatura, a fin de que la nueva pueda desarrollarse plenamente. En efecto, para adquirir la vida eterna, es menester haber realizado la total liquidación del viejo hombre, y no ha de quedar de él rastro alguno; pues sólo el hombre nuevo es viable.

Durante la época de la restauración de todas las cosas, para adquirir la vida eterna, todos los seres humanos tendrán también que efectuar una cantidad de renunciamientos; tendrán que abandonar muchas cosas a fin de ponerse en armonía con el Reino de Dios.

El Omnipotente es el propietario legítimo de la tierra, y es el Jefe de estado. Si los seres humanos hubiesen considerado la situación de esta manera, y si se hubiesen sometido ¡cuán fácil sería vivir en la tierra! Mientras que las autoridades de este mundo tienen pensamientos muy distintos de los del Eterno.

Concerniendo a la cristiandad actual, es algo parecido, puesto que ella quiere ocupar el lugar de la verdadera iglesia. Esta iglesia del Dios viviente, el apoyo y la columna de la verdad, está constituida de un pequeño rebaño de consagrados, que están deseosos de dar su vida con su Maestro y Señor.

La iglesia funciona actualmente como tabernáculo de Dios entre los hombres. Tiene como Jefe a nuestro querido Salvador. Él es la única cabeza, y todas las demás desaparecen. Como lo dice el Apocalipsis, los consagrados son decapitados para el testimonio de Jesús, y renuncian a su vida personal.

Esa decapitación no es forzada. Por eso, los que no se dejan decapitar voluntariamente guardan a cuenta su cabeza; pero con ella guardan su carácter, que los desviará seguramente del objetivo.

Es por lo que yo dije a unos amigos que no querían escuchar: "Podéis hacer como bien os parezca, y el Señor nunca os guardará rencor; pero él dice textualmente: Nadie puede ser mi discípulo, si no renuncia a sí mismo".

Y en nuestras estaciones no obligamos a nadie a someterse a la disciplina que implican; pero naturalmente, el que no quiere someterse no puede quedarse en ellas, porque las estaciones consisten precisamente en dar una demostración del Reino de Dios. Nadie es obligado a dar esta demostración, pero el que no quiere no está entonces en su lugar en la estación, y se comprende.

Si entramos en la escuela de Cristo, es ciertamente para vivir en ella sus condiciones. Y, como lo he dicho, estas condiciones se traducen sobre todo en el renunciamiento amable, querido y consciente a sí mismo. Por ejemplo, si nos proponemos salir para hacer lo que sea, y que el Señor nos dice: "Te invito a quedarte aquí, para esto o aquello".

A veces es precisamente lo contrario de lo que nos hubiera gustado. Y además las cosas pueden sobrevenir cuando menos lo esperábamos. Entonces, el que no vela, ni está bajo el control del espíritu de Dios, no realiza la prueba como convendría.

Nuestro querido Salvador lo mostró bien al apóstol Pedro, diciéndole: "Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; más cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras".

En efecto, el apóstol Pedro tuvo la ocasión de concretarlo en la práctica. ¡Cuántas explicaciones necesitó, por ejemplo, para que fuera a Cesárea, a casa del centurión Cornelio! ¡Y cuán tierno y amable fue el Señor con él para hacerle la situación asimilable!

El apóstol Pablo, en muchas direcciones, era mucho más categórico que el apóstol Pedro, y no tenía dificultad en dejar a un lado lo que él había reconocido contrario a los caminos divinos. Incluso experimentaba una profunda aflicción cuando discernía en sí cosas que no

cuadraban con el programa divino, y no paraba hasta haberlas puesto a un lado.

¿Somos tan categóricos como él? Esta es una pregunta que es bueno que cada uno se haga personalmente. El apóstol Pablo dio su vida sin escatimarla. ¡Cuánto soportó por la causa de Jesús! Fue apedreado y arrastrado fuera de la ciudad, habiendo pasado por muerto. Naufragó varias veces, fue apaleado, y cada vez era un poco de su vida que daba, pero él vio también en cada una de esas ocasiones que el Señor lo socorría en el momento oportuno, lo que constituía para él un poder de afirmación para su fe.

Naturalmente, la vida del discípulo está supeitada a múltiples circunstancias en que se trata de permanecer fiel en la dificultad. Entonces podemos afirmarnos maravillosamente en los caminos divinos, contando con el socorro de Dios y ver que nunca nos falta.

A nuestro querido Salvador también, en ciertos momentos, le costó esfuerzos, y se dice de él que aprendió la obediencia por las cosas que padeció. Él era un valiente guerrero espiritual; para él no había dos caminos, y no quería saber nada de los caminos equívocos. El siguió siempre el camino recto delante de sí, sin tergiversación alguna.

En todas las circunstancias, realizó constantemente el programa divino de una manera admirable y sublime. Por eso pudo también decir: "El Padre me ama porque doy mi vida". ¡El, que sin embargo era el Unigénito Hijo de Dios, que en su preexistencia obraba con su Padre, que era el Jefe supremo después de Dios, y que tenía toda autoridad sobre potestades y principados espirituales, sobre los dominios y los príncipes de los ángeles, se humilló hasta la muerte de cruz!

Nuestro querido Salvador consintió en realizar el programa divino, en nacer de una virgen y en vivir entre los seres humanos como otro hombre, con la única particularidad de que era puro y sin pecado. Él tuvo que pasar por toda la hilera que se presentaba delante de él, y manifestó una abnegación y un sacrificio sin límites.

Se le pidieron cosas que jamás serán pedidas a otro ser humano, porque es imposible pedir más de lo que el Eterno pidió de él. El renunció entera y completamente a sí mismo; renunció a la gloria de que disfrutaba junto al Padre para tomar la forma de un ser terrenal.

Antes de ser condenado y dar su vida literal y completamente, oró a su Padre diciéndole: "Glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese". Jesús ya había anunciado antes su muerte, y una voz del cielo le había dicho: "Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez".

Nosotros también tenemos nuestro ministerio, y el Eterno quiere ayudarnos a cumplirlo. Pero, por nuestro lado, es preciso que hagamos lo necesario para que pueda operar su obra en nosotros. Es maravilloso pensar que cualquier ser humano podría correr la carrera del alto llamado. Además, el que despliega un celo especial, una fidelidad superior, puede estar muy cerca del Señor en la gloria.

Nadie está excluido del llamado celestial. Todos los que lo quieran pueden entrar en la liza; ésta permanece abierta a todos. Lo que impide a muchos entrar, y a otros tener éxito, es su propio carácter que no ponen a un lado con bastante honradez.

En efecto, no es posible impedir a quien sea ser fiel. Si alguno quiere hacernos mal, esto redundará en ventaja nuestra, con tal que reaccionemos a la manera divina. Cuanto más

deseen perjudicarnos, más sentiremos que el brazo del Eterno nos ampara con benevolencia y nos protege de todo peligro.

La ley de las equivalencias está siempre activa. Por cierto, la perspectiva que tenemos es admirable y llena nuestro corazón de gozo y de felicidad. Por eso, si ponemos en ello toda nuestra alma, estamos seguros de alcanzar la meta. Nada puede interceptar nuestra carrera, pero no hay que nadar entre dos aguas, y poner todo en la balanza de la victoria.

El Ejército del Eterno tiene también un objetivo y un ideal maravilloso. ¡Qué perspectiva para un ser humano no tener que descender a la fosa, y entrar en la tierra prometida sin morir! Esta es una situación inefable, la cual, desde luego, está supeitada a condiciones que se trata de cumplir. Entonces el resultado es glorioso. Las condiciones son muy fáciles de realizar, pero también requieren poner todo en la balanza y no tergiversar.

Ahora cada uno va a ser puesto a prueba de una manera especial para probar su capacidad; es una cuestión de honradez y de corazón. El Señor nos da poderosos estímulos, y cuando procuramos seguir la luz con la práctica del programa, la vemos aumentar de día en día y nos penetra de alegría y de entusiasmo. Esto nos procura una estabilidad y magníficos músculos espirituales.

Conocemos los caminos divinos y nos regocijamos con todo nuestro corazón de su cumplimiento. Es precisamente como lo cantamos en uno de nuestros cánticos: "Al venir, Señor, a juzgar la tierra, nada puede el cetro del dominador, ni los golpes que da al mercenario; vencidos son por tu brazo protector".

Tenemos la inmensa dicha de poder colaborar en el establecimiento de ese día glorioso. Para esto hemos de ser suficientemente sensibles para recibir en nuestro corazón todas las certidumbres que el Señor nos da.

Mi más grande alegría sería ver a un hermano o a una hermana de la santa Milicia atravesar el Jordán en seco y entrar en la tierra prometida. Sería para mí una felicidad inexpresable. En todo caso, el programa divino se realizará con aquellos que son fieles.

Los caminos divinos se realizan lenta pero seguramente, y nada puede impedir su cumplimiento. Y cuán alentador es saber que todo fue visto y anunciado de antemano. Ya el libro de Job (que era del tiempo de Abraham) contiene esta gloriosa esperanza: "Si uno entre mil enseña al hombre el camino que debe seguir para no morir, Dios dice al ángel: ¡Líbralo de descender al sepulcro, porque he hallado un rescate!"

Todo lo que fue anunciado por los profetas se cumplirá íntegramente, porque las promesas del Eterno son seguras. Si las tomamos en serio, no seremos decepcionados. El Eterno experimenta transportes de alegría cuando ve a uno de sus hijos que cumple fielmente las obligaciones puestas delante de él. Por eso también, cada rasgo de fidelidad es coronado de una inmensa bendición y de una facilidad suplementaria para correr la carrera.

El Señor dirige a su pueblo con maravillosa mano maestra y con una benevolencia inefable. Él mira el corazón. Y es la situación de nuestro corazón que nos permite salir victoriosos, o que puede quitarnos la vida.

Si no hacemos lo necesario, no pensemos que el Señor nos preservará a pesar de todo e impedirá que las dificultades nos alcancen. El Señor no procede así, porque nos ama de la

buena manera; sabe muy bien lo que nos falta y la clase de experiencias que necesitamos para recobrarlos. Él nos conduce según la necesidad, y deja venir lo que puede despertarnos de nuestro torpor.

En general las cosas que él permite no son agradables para el viejo hombre, cuando lo hemos dejado vivir y prosperar. Pero el Señor tiene compasión de sus hijos y nos trata siempre con una ternura maravillosa. En efecto, él no deja venir a nosotros más de lo que podamos soportar. Por lo tanto, para el que hace lo necesario, hay constantes y grandiosas alegrías delante de la faz del Eterno. Pero, naturalmente, se trata de luchar contra el viejo hombre y vencerlo.

El Señor les dice en la Revelación de Juan a las distintas asambleas de Asia: "Al que venciera, le daré a comer del árbol de la vida, el cual crece en medio del paraíso de Dios; daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo", etc.

Por eso, se le hacen maravillosas promesas al que venciera, pero es preciso que podamos vencer. El Señor sabe nuestras dificultades; él nos ayuda, pero desea que hagamos nosotros mismos los esfuerzos indispensables, los que podemos muy bien hacer.

¡Qué consuelo para nosotros conocer a Dios y su carácter! En efecto, ya ningún pasaje bíblico nos desconcierta, ni siquiera el que dice que el Eterno envió un mal espíritu a Saúl; ahora podemos juzgar este pasaje a la manera divina. Esto pide seguir el programa tal como el Señor nos lo muestra, a fin de que seamos estables en nuestra confianza.

Implica no tener nada en el mundo que prefiramos al Eterno. Por tanto, debemos hacernos la pregunta de confianza: "¿Tengo algún impedimento en mi corazón que me encubre poco o mucho los caminos de Dios?"

Para comprender el lenguaje divino, es preciso tenerle la gratitud y el apego indispensables al Señor. Es así como aprendemos a conocerlo, y sobre todo a ejercitarnos en perdonar inmediatamente a nuestro prójimo.

El perdón es el primer peldaño para ascender al Reino de Dios. Lo podemos lograr si nos entregamos con entera confianza en manos del Señor, la confianza de un niño. Es lo que queremos hacer, poniendo en ello todo nuestro corazón, dando gloria al Eterno con todo lo que se irradia de nosotros.

Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Procuramos apresurar el día de Dios al vencer los pensamientos egoístas?
2. ¿Hemos podido escoger siempre los principios divinos, rechazar los ataques del adversario, progresado en la sabiduría divina?
3. ¿Hemos renunciado con gozo, perdonado siempre, traído alegría divina y estímulo?
4. ¿Luchamos franca y honradamente contra nuestra mentalidad egoísta y orgullosa, y triunfamos de las sugerencias?
5. ¿Tenemos facilidad para captar al espíritu de Dios, y confiamos toda nuestra ansiedad al Señor?
6. ¿Hemos puesto todo nuestro ardor en el combate, sentido ayuda en la oración, ganado victorias sobre el viejo hombre?